

EL HOMBRE CON LA SOMBRA DE HUMO

José Hugo Fernández (La Habana, 1954) Escritor y periodista cubano. He publicado, entre otros libros, las novelas *Los jinetes fantasmas*, *Parábola de Belén con los Pastores*, *Las mariposas no aletean los sábados*, *Mujer con rosa en el pubis* o *El tigre negro*; los libros de cuentos *La isla de los mirlos negros*, *Yo que fui tranvía del deseo*, *Hombre recostado a una victrola*, o *Nanas para dormir a los bobos*. Los libros de ensayos y crónicas *Siluetas contra el muro* y *Entre Cantinflas y Buster Keaton*. Resido actualmente en Miami.

José Hugo Fernández

EL HOMBRE CON LA
SOMBRA DE HUMO

PREMIO DE NARRATIVA
«EDITORIAL HYPERMEDIA 2020»



De la presente edición, 2020

- © José Hugo Fernández
- © Editorial Hypermedia

Editorial Hypermedia
www.editorialhypermedia.com
www.hypermediamagazine.com
hypermedia@editorialhypermedia.com

Edición: Ladislao Aguado
Maquetación y corrección: Editorial Hypermedia
Diseño de colección y portada: Herman Vega Vogeler

ISBN: 978-1-948517-57-7

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

PRIMERA PARTE

DEDI Y EL CUCHILLO INVISIBLE

Nada es todo lo que hay
ROBERT CREELEY

EL MUERTO

Voy andando por la 152 Street rumbo al zoológico. Es temprano. Niebla espesa. A mi espalda, el torrente de los automóviles. Rugen. Faros encendidos. Aquellos viejos de mi tierra advertían que los amaneceres con niebla anticipan aguaceros y a veces tormentas. Son balas. Los automóviles. Vienen desde atrás. Soplos demoniacos. La peste a freno. El miedo a llegar tarde aplaza el de no llegar. Yo camino, como cada mañana, media hora de ida y media de regreso. Para quien siente miedo, todos son ruidos, sentenciaba Sófocles. Por mi lado, en dirección opuesta, discurre el señor americano, su amplio sombrero. Pronto serán las ocho. Pero es normal, la niebla. Esta ciudad se afinca en terreno pantanoso, así suelen decir. Otoño, pegadizas hojas bajo mis zapatos. Aunque muy poco de particular, como en primavera o verano. Tenemos miedo de la enormidad de lo posible. Eso, creo, lo sentenció Cioran. El americano es el único que me saluda. Quizá también sea el único que, al igual que yo, camina sólo por ejercitarse. Los otros, algunos, o tal vez muchos de mi tierra, van y vienen hacia el sol, o desde las

brumas, los ojos fijos en la acera. A veces me observan de soslayo. Vistazos encriptados. Nada de buenos días. Los tímidos tienen miedo antes del peligro; los cobardes, durante; los valientes, después. Lo apuntó Sartre. Él debía saberlo, porque era tímido. Aunque no valiente, según noticias. Hombre valiente no tiene mujer fea. Destellos. Rojos, amarillos, azules... Deben ser carros de la policía. La diferencia tal vez esté dentro de mí, en este otoño al menos. Empiezo a transpirar. Donde cada hoja es una flor, escribió Camus sobre el otoño. Sí, son policías. Dos autos y otro vehículo de mayor tamaño, el Rescue o el forense. Se han apartado de la calle. Los distingo mejor según me voy acercando. Parquearon entre la hierba, junto a la línea del ferrocarril. Si yo fuera un pájaro, volaría sobre la tierra, buscando otoños. Algo así leí en algún sitio de Internet. De una romántica, sin duda. Hay curiosos, no muchos. Los policías cercaron la escena con una cinta amarilla. En el montecito, allí es la cosa, hacia la esquina exterior. Los automovilistas aminoran la velocidad al pasar. Algunos sacan cabezas por las ventanillas. Pájaros asustadizos. Ojean. Y enseguida se relanzan al vuelo. No en busca de otoños, supongo. Hay un muerto. En la esquina, donde aclara el monte. Tipos uniformados a su alrededor. Llevan guantes. Casi junto a la línea férrea. ¿Lo habrá matado el tren? Muerte natural —diría Tres Patines—, pues quien ha sido arrollado por un tren, lo más natural es que se muera. Me acerco. Veo al fiambre. Aunque con interferencias. Es que me he parado detrás de una señora muy gruesa y cabezona, con exigua cabellera azul, y de un señor largo, flaco, encorvado, vara de tumbar gatos le dirían en mi tierra. Tiene las ropas mojadas. El muerto. O eso me parece. Los uniformados registran sus bolsillos. Deben haberlo

arrastrado desde el interior del montecito, donde tal vez pasó la noche. Muerto. Uno de ellos se lleva dos dedos a la nariz. Náuseas. Entonces no debió matarlo un tren. Homicidio. Es lo que hace vomitar a los americanos, no sé por qué. El cuello: mira lo que se le ve, dice la mujer gruesa al hombre largo, que debe ser su esposo. ¿Qué?, pregunta él. Mírale el cuello, insiste la gorda. Yo también miro. El muerto tiene una mancha negra, como de sangre reseca. No hay cosa que me asuste tanto como mi miedo al miedo, había escrito Montaigne. ¿Pero por qué me viene ahora a la mente? El otoño, momento en que estalla todo. Esto lo habíamos visto ya en alguna película, asevera la señora gorda a su esposo. Sí, la mancha es de sangre, concluyo. Cuchillada sobre la yugular. Tal vez sea una de las muchas formas en que estalla el otoño. Exceso de hojas caídas, naturalmente. Calor húmedo. ¿No te da la impresión de que ya lo habíamos visto?, persevera la gorda. Vampiros en Miami, se limita a responderle, con sorna, el flaco largo. La niebla ha comenzado a disiparse. Tenue manto, apuntaría la romántica aquella. Sudo. Dos uniformados traen una camilla. Lo acomodan. La gorda amonesta al largo. El momento no es para chistes pesados, le dice. Me quedaría a disfrutar el resto de la discusión, pero quiero ver bien la cara del muerto. Y fotografiarla, si fuera posible. Trato de aproximarme a la ruta de los camilleros. Se mueven rápido. A duras penas consigo hacer clic tres o cuatro veces. Pero al bulto, sin encuadre, con el móvil a la altura del bolsillo. Hay una armonía en otoño, Shelley. Está intacta, la cara del muerto. Podría parecer que duerme, pero no, demasiado pálida. Fue nada más que una broma, mujer, le va diciendo el largo a la gorda cuando pasan por mi lado, en retirada. Yo también resuelvo poner fin al husmeo.

No he completado mi habitual caminata de ida, pero la interrumpo. En la acera, de vuelta, acaba de salir el sol. ¿Por qué apresuro el paso? Otoño, verano con suntuosa cola. ¿Será porque me apremian las ganas de compartir la experiencia? Como en aquel chiste, el de Madonna y el náufrago en una isla solitaria. Pero es verdad, conozco esa cara. Hay ciertas evocaciones de las que no consigo distanciarme. ¿Un cuchillazo en la yugular? ¿Por qué no? Podría contarlo. Algo se me ocurrirá. Va clarificando la mañana. A más luz, mayor misterio, Carlyle. En la cárcel muy posiblemente. ¿Un preso? ¿Un topo? ¿Alguno de los muchos perros interrogadores? Otoño, con sus tijeras amarillas, atraviesa el jardín. Allá en mi tierra debió ser. ¿Algún matón de barrio? ¿Un estafador? ¿Un artista? ¿Un funcionario? ¿Un condiscípulo? ¿Acaso un viejo amigo? El que teme es un esclavo, Séneca. Qué me lo pregunten a mí. Pero todo encuentra finalmente su colmo. Y la hora justa. Menos automóviles. O menos apuro. El caso es que ya no hay tanta congestión. Qué va, es su cara. No se me despinta. Los sollozos más hondos del violín del otoño, Paul Verlaine. Talante de majá sobre dos patas, allá en mi tierra cualquiera lo es, o no, pero puede empezar a serlo en cualquier momento. Nada es más tangible que lo recóndito, diría Confucio. Estoy sudando. El tráfico disminuye en la 152 Street. El miedo a no llegar se va reinstaurando, paulatinamente, sobre el miedo a llegar tarde.

MI AMIGO DE FLAGER

A la muerte y al sol no hay que mirarlos fijo. Fue lo que objetó él, con talante de antiguo duque francés. Pero enseguida se puso a mirar la foto, fijamente, actitud de perito. No es como esta tarde miro yo el desfile de las garzas, en hilera, ante mi ventana. Una es negra y va al frente, con una sola pata. No sé cómo se las arregla. Más me cuesta arreglármelas con mis dos piernas y con mi humana inteligencia. Sobre todo, no sé cómo se las arregla para ser líder, en una sola pata y con plumaje oscuro. Rara avis, entre las garzas blancas de su bandada, donde es ley repeler a los miembros menos aptos. Tampoco es que sirvan para mucho mis dos piernas, ni lo otro. La inteligencia implica una incomprensión natural de la vida. Él dijo que sí, que con aquella cara se había cruzado antes, la del muerto. Recordar es saber lo que se ha visto. O tal vez lo contrario. Vaya usted a saber. Y luego él dijo que sí, que podría contar con su ayuda. Es un amigo, de esos que toleran permanecer a tu lado cuando preferirían estar en cualquier otro sitio. Mejor que solo, mal acompañado. Estas garzas parecen invertir el adagio. Otra ra-

reza. Pues son inapelables solitarias, como yo. Por más que no me anime a depositar todo el peso en una sola pata (que es así como dicen que duermen las garzas), ni a seguir en grupo a un líder. Ellas pueden dormir, yo apenas desando, despierto a medias. A esta hora. Las garzas, con sus largos picos, cazando insectos, caracoles, ranas, mínimos gorgojos, entre la hierba. Agujas amarillas que relampaguean. Cirro de plumas blancas con un punto en sombra. También en mi memoria relampaguean los rasgos del muerto. Mi amigo de la calle Flager dijo no estar seguro de que sea el muerto. Yo lo he visto, muerto, y luego he creído recordarlo vivo. Son retrospectivas más bien vagas, de mi tierra. ¿En los ochenta? Quizá después. ¿No sería en alguno de aquellos soporíferos talleres literarios? Qué fastidio. Un puzle. Pero de cualquier modo faltan fichas. Mi amigo no está seguro. Puede ser él, dice, aunque no está seguro de que esté muerto. Yo sé que está muerto, aunque no estoy seguro de que sea él. ¿Cómo puede uno estar seguro de algo? Si todo recuerdo es ficción. Desempeñan el mismo papel de aquellos filamentos que Bruno Schulz sumergía en una solución química, para ver cristalizado el sentido del mundo. Pero esto no tiene sentido, repetía mi amigo de Flager, cuando me llamó más tarde, apenas transcurrida una hora de nuestra primera conversación. Fue para reiterar que sí, que creía conocer al individuo y que estaba tratando de verificar si lo había visto, vivo, en el centro de un espectáculo en Little Havana. Una performance. La garza negra, en una sola pata, intentado hacer que crea lo que no es. Frente a las garzas blancas y su innata vocación de soledad. Al punto que únicamente se agrupan en tiempos de cría. Pero no, estas pasan ante mi ventana siempre en grupo, con su líder al frente. La soledad es mala consejera. Lo

sentencia un viejo son de mi tierra. Y John Ford llegó a pensar que uno se vuelve despreciable cuando está solo. Aunque no es lo que yo pienso, en absoluto. Una performance. Provocadora, pero sin arte, o con muy poco, a no ser que la magia también lo sea. En resumidas cuentas, el arte es magia liberada de la mentira de ser verdad. Una performance, dijo él, pero sin pizca de improvisación. Y con el muerto como protagonista. Vivo para el caso. Es lo que afirmó en su segunda llamada. Y luego, en la tercera, dijo haber recordado que no era la primera vez que lo veía, al muerto, representándose a sí mismo. Muerto. En la performance, donde se suicida ante el público. Y cae, manando sangre, el cuello atravesado por un cuchillo invisible. Dijo también mi amigo de Flager que la última vez que lo vio morir, en la performance, el muerto se encontraba ya muerto, puesto que fue algo después de que yo le enviara la foto. Y dijo que el muerto, vivo, está anunciando una nueva exhibición—performance para los próximos días, en Little Havana. Aunque no en un salón de exposiciones, sino en un club nocturno: *El espectáculo no es ocurrencia mía, ustedes mismos lo producen, con sus ojos y quizá con su espíritu*. Así lo enfatiza el comercial de la performance que mi amigo de la calle Flager dice haber visto cuando el muerto se encontraba muerto. ¿Y por qué dudarlo? Sí sabemos lo que sabemos: que el mundo real está lleno de magia, por lo que es fácil que los actos mágicos se hagan realidad.

BLANCURA

¿Será invisible? El cuchillo invisible. ¿Inexistente acaso? La suave espiral invisible que va del pensamiento hacia la mano, del ojo hacia el cuchillo, Circe Maia. Pero no conseguimos verlo. En aquel centro nocturno dijeron que había trasladado el escenario de sus performances. Tampoco dimos con él en otros lugares anunciados, como el Club Ball & Chain, Fairchild Tropical Botanic Garden, Bayside Marketplace... Nunca llegamos a tiempo. Es como si Dedi —que así se hace llamar— traspasara capas inaprensibles de la realidad. O como si volase lejos de la suave espiral de nuestros ojos. Al hombre, como al pájaro, dijo mi amigo, lo perdemos de vista cuando se eleva. Quisiera creerlo. Pero no, pienso que no escapamos de la realidad sino creyendo que escapamos, al tiempo que nos hundimos en ella. Mi amigo tiende al platonismo, entre otras eutrapelias que son sus cartas de triunfo. Además del don para recomponer lo que pasó ayer, o en tiempos remotos, y el infalible olfato para orientarse a ciegas. No en balde sus progresos como reportero y detective free lance,

escudriñador de las oscuridades miamenses. Pero en resumidas cuentas no hemos podido ver a Dedi. O no lo he visto yo. Es que ni siquiera logro recordar dónde y en qué circunstancias tropecé alguna vez con su cara, allá en mi tierra. La memoria es un guayo, la mía, raspa lo que puede y el resto sobra. Recortaduras inconexas. Mi amigo no sólo recuerda haber visto a Dedi, y vuelto a verlo. También recuerda que ya lo había visto antes de verlo traspasando su cuello con el cuchillo invisible. Blanco como el insomnio. Algo parecido al modo en que Bolaño vislumbró la ausencia, en aquel camping. Pero entonces, ¿la ausencia es blanca? ¿Y por qué el negro es la ausencia de color? Todo desaparece mediante un agujero negro. Por más que se trasluzca en blanco el deseo de desaparecer. *Blancura* le llama mi amigo a la manera en que la gente huye de sí misma, empujada por las dificultades para ser. Son sus términos, los de mi amigo de la calle Flager. Así ha intentado explicármelo mientras yo atendía el salta y corre de los gorriones. No sobresalen por su número, como en La Habana. Por lo menos no en este parque de West Kendall, donde nos sentamos mi amigo y yo, de tarde en tarde, todavía con ganas de desarreglar el mundo. Caminan dando brinquetes, los gorriones. Flejes en el cuello. Impasibles vistazos. Aéreos aun cuando caminan. ¿Serán más ligeros que el viento? He leído que los atraviesa, el viento, y que ellos consiguen perforarlo como casi ningún otro ser volador. Diez mil años perforando el viento a campo despejado. Hasta que resolvieron invadir los centros urbanos, en huida, no sé si de sí mismos, como aquella pobre gente de la que mi amigo estuvo hablando. Los gorriones escapan de la dificultad para sostenerse por sí mismos. Entonces van y anidan en las urbes. En

tanto anida para ellos la amenaza de extinción, en las urbes. Son un frágil emblema de la eternidad, apuntó Zagajewski sobre los gorriones. Pero ¿cómo podrían ser eternos, si la idea de gorrión no acopla con la de jaula? Continúan siendo libres en los centros urbanos. Aunque se me hace que su libertad deviene símbolo vacío de significado, igual que la mía. Eso es precisamente la *blancura*, puntualiza mi amigo. Y cuenta que antes de la última desaparición de Dedi, él lo había visto aparecer y desaparecer. Y hay casos en que no lo vio pero lo recuerda a través del recuerdo de otros. Yo, en cambio, no consigo recordar a Dedi. Sólo recuerdo su cara, sin entorno, aturdido dentro del remolino de las rememoraciones. Puede ser, o no. Dedi no fue visto por mi amigo allá en la tierra. Sin embargo, recuerda que alguien le contó haberlo visto. En una performance de Arte Calle, aventura revolucionaria, así que efímera, condenada a extinguirse en menos de lo que vuela un gorrión. En los ochenta quizá. En La Habana. También se hacía llamar Dedi. Performance única, no por excepcional, sino porque no fue posible exhibirla más de una vez: *Dedi y el ganso sin cabeza*. Título que se me antoja extraído de una leyenda del antiguo Egipto, justo donde es mencionado el primer mago de la historia, o de la leyenda. *El Papiro de Wetscar*, si la memoria no me falla (pero puede fallarme), así se le llama al texto egipcio que narra las fascinantes aventuras de Dedi, experto mago, cortando cabezas de animales y haciendo que éstos permanecieran vivos. Sin cabezas. A la espera de que el mago volviese a colocar cada una de las cabezas donde iba. Cierta vez, si la memoria no me falla, el faraón Keops le pidió a Dedi que hiciera lo mismo con las personas. Y como el mago se negara, ordenó ro-

tundamente que lo hiciera al menos con las cabezas de los criminales confesos y bajo condena. No obstante, cuenta la leyenda que mucho más que cortarlas, Dedi prefería colocarlas en su lugar. Y antes o por encima de las personas, prefería a los animales, gansos particularmente. Aunque no era un ganso el protagonista de *Dedi y el ganso sin cabeza*, la performance que el amigo de mi amigo dijo haber presenciado en La Habana. Era una tortuga pintada de color verde olivo y con tricornio. Rojo y estrella blanca al centro, el tricornio. Dedi lo suprimía, con cabeza y todo, cortando el cuello de la tortuga con su cuchillo invisible. Luego iba a ocultarse detrás de una cortina, mientras la tortuga, cataléptica pero con vida, quedaba sola sobre el escenario, sin cabeza. ¿Mirándose por dentro? Hasta que finalmente Dedi la llamaba con una serie de silbidos. Entonces la tortuga, sin cabeza, entre aplausos, emprendía lenta retirada hasta desaparecer. Mutis indefectible. He aquí la cuestión, desaparecer, no ser lo que eres, dejar de serlo. Sería menos doloroso que el anhelo de ser para siempre. Cuando el sol se eclipsa para desaparecer, se ve mejor su grandeza, Séneca. Pero no siempre tiene que ser así, ni es siempre deseable. Por más que no armoniza con el platonismo de mi amigo de la calle Flager. Él ha tenido a bien aclarármelo, mientras nos ponemos en camino para abandonar el parque. Pronto vendrá la oscuridad. Dorados son los muros por donde cae la luz del día, Frost. Nada dorado permanece.

LLUVIA

La lluvia es una cosa que ocurre en el pasado. Quizá tuvo razón Borges. Pero desde la noche de anoche llueve sin parar, en presente, por lo que no pude realizar mi caminata mañanera. Tampoco podré ir con mi amigo de Flager al sitio en que el muerto fue visto por última vez vivo. Llueve con ganas, decían los viejos allá en mi tierra, están lavando el mundo. Por más que allá la lluvia no es igual. Nunca cae en presente sino en la víspera. Antes de que caigan los edificios, derrumbados, la lluvia cayó. Cantan las ruinas. También solía cantar Teresita Fernández, cuando la lluvia aún era sólo lluvia, niña de cristal azul. De aquellos tiempos precisamente recuerdo la cara del muerto. Pero no al muerto, vivo. Mi amigo supo que después de su última performance, en Florida, ha continuado apareciendo para desaparecer en otros Estados: North Carolina. Arizona. Utah... Aparece, de pronto, desaparece. Si penetras en la invisibilidad, la invisibilidad penetra en ti. De tal manera lo formularon aquellas brujas pretéritas de Irlanda, seguidoras de Feth Fiada, amo de las brumas.

La invisibilidad te vampiriza, decían, según mi amigo, adepto al platonismo. Él sueña con brujas irlandesas que ensartan la neblina con sus escobas, volando hacia el plano astral. No se ve claro. La neblina tampoco deja ver. Mientras llueve, cuesta seguir la marcha de los acontecimientos. Unos pocos centímetros más allá de mi ventana, el golpeteo de las gotas, gruesas como dedos, el gozoso jaderar de las acacias. Y luego está el silencio dispuesto por la lluvia, que nunca cae callada. Mi amigo me ha dado un adelanto. Para que el silencio exista es menester que se le nombre. ¿Cuándo llueve? Dijo que alguien le contó sobre la última aparición y desaparición de Dedi en Miami. Y tal vez sobre otras apariciones y desapariciones en otras ciudades. Rumores intrigantes que se ha propuesto esclarecer. A mi amigo le apura saberlo todo sobre desapariciones. Son los empalmes de su platonismo con la cuarta dimensión. ¿O será con la quinta? Cuatro o cinco entre siete. El plano astral, donde no existe el tiempo y toda distancia es relativa, así que no cuenta, para nada, erguirse y caminar, la más antigua y trascendente práctica humana a lo largo de cuatro millones de años, o más. Viajas a la velocidad del pensamiento, desde tu habitación hasta el confín de las galaxias. Mi amigo se proyecta especialmente entusiasmado con las desapariciones del muerto vivo. Y con las invisibilidades de su cuchillo invisible. Esto huele a peripecia, me ha dicho. ¿Pero a qué huele la lluvia? A ozono, a bacterias, a humedad... Aunque de acuerdo con los doctos climatólogos, la humedad no posee un olor particular. Huele a lo que huelen los olores que la permean. Lo cual explica de alguna manera por qué la lluvia huele a recogimiento, ausencia, gorrión, nostalgia. Y también a peligro cuan-

do la lluvia cae allá en mi tierra. Pero ¿qué es mi tierra? Algunos rincones intangibles. Amigos, pocos. Canciones, más. Citas. Encuentros. Desencuentros. Algún que otro recuerdo, rastrojo de olvidos. Suma mermada por infinitas restas, Pitol. ¿Parientes? Aunque no. Tremola en algún nicho dentro de mí la tierra de los seres queridos, escasos pero no insuficientes, los que me quieren y a quienes quiero incondicionalmente. Porque de acuerdo con algún bolero, cuando queremos, nos estamos queriendo sobre todo a nosotros mismos. Y yo no me quiero mucho, no incondicionalmente, o así quiero creerlo. No es lo que eres lo que cuenta, es lo que quieres creer que eres, Warhol. Pero, ¿qué es creer? Creo definitivamente que uno no pertenece a tierra alguna. A una ciudad tal vez, habría remediado Cioran. Pero ya quisiera yo. Menos que a una ciudad, creo pertenecer si acaso a una movediza parcela de mi mala memoria. Náufrago entre hundidas tierras, mientras más cerca de una o de otra, más lejos de las dos y de mí mismo. En parte debe tener razón mi amigo con aquello de la *blancura*, maroma existencial. Te escapás, borrando el rastro, para mantenerte a salvo de ti mismo. Siempre que no llueva, añadiría yo. Porque ya se ha visto que del olor sin olores a veces emana olor de ausencia. Entonces huele la ausencia. Y si huele, ¿será realmente invisible? Es un viaje que nos permite llegar a cualquier parte. Sin embargo, debemos emprenderlo solos ya que, por largo que sea el camino, al final el viajero siempre retorna al origen de todo, a sí mismo. Mi amigo de Flager ha echado el guante a Calvino. Ensayá una posible explicación sobre el deseo de *blancura*. Que no es ausencia ni quiere decir olvido. Tampoco es necesariamente invisibilidad. Lo invisible arde dentro de la

luz, parafrasea. ¿Pero qué arde dentro de lo invisible? La última vez que fue exhibido el invisible cuchillo del muerto vivo, corrió la sangre de un vivo al que daban por muerto. En North Carolina. Es lo que adelanta mi amigo de Flager sobre sus últimas pesquisas. Aunque tal vez no lo entendí. Por el ruido de la lluvia. ¿Será que existe algún tipo de conexión? El muerto vivo deja muerto a un vivo al pasar por North Carolina. Pero ¿a quién? ¿Cómo? ¿Por qué?

DESAPARICIONES

Pistas del mal, mi leño vio algo esa noche. Es lo que me dijo Log Lady. Tenía que ser, el leño no estaba pero era ella: agria, mayestática, fealdad con gafas de montura roja, flequillos sobre la frente. Claro que no es lo mismo verla en Twin Peaks. El genio de Lynch, evadiéndose, esencia y zumo de su lámpara. Pero ¿qué duda cabe? Era ella, la señora del leño. Sólo que con el gusto que me ha dado verla en la televisión, no sé por qué se me aparece, tan sombría, en una pesadilla. Hay razones para el contrasentido, igualmente me dijo. Y cuando se lo comenté a mi amigo de la calle Flager, tuvo a bien recordarme aquello de la fuga psicogénica, recreada justamente por Lynch. Sujetos que se desplazan en tiempo y espacio, mentalmente, huyéndole al mal, que acorra-la. Sin embargo, que yo recuerde, Twin Peaks no recrea fugas psicogénicas, sino apariciones y desapariciones. Del mal sobre el bien, completó mi amigo. Entonces se puso a relacionar sus más recientes descubrimientos acerca del muerto vivo, cuyas huellas lo han empujado en un raptó de huroneo hasta Asheville, en Carolina

del Norte. Me hubiese gustado acompañarlo, o tal vez no. El ancla de plomo de mis tedios. Igual que Kozer, ducho me he vuelto en convivir a solas con la desgana. Tampoco fue necesario que le acompañase, ya que en breves horas mi amigo consiguió lo que buscaba. Poco pero suficiente. Se desperdiga la lluvia sobre West Kendall. Desde hace dos noches con un día, tintineo cerrado. Apunto con un dedo a las alturas pero no consigo ver más que el dedo. Nada es todo lo que hay, Robert Creeley. Y algo más que nada, pero suficiente, conoció mi amigo sobre el paso de Dedi por Asheville. Había exhibido su performance, función única en aquella pequeña ciudad. ¿Por qué voló tan lejos? ¿Para qué? Por lo pronto, mi amigo no estaba en condiciones de darme respuestas sino de plantearse preguntas a sí mismo. ¿Era casualidad que apenas unos minutos después de concluida la performance del muerto vivo, encontraran muerto, muy cerca, a un vivo al que daban por muerto, según la policía, y que había vivido en los últimos años con identidad ajena? ¿Fue por azar que el vivo al que daban por muerto apareciera con el cuello atravesado por un cuchillo que la policía no pudo encontrar en la escena del crimen? ¿Invisible? Soy la herida y el cuchillo, Flores del mal. Todo misterio radica en lo visible, es lo que añadí sin nada mejor que decir. Pero mi amigo estuvo de acuerdo. No por gusto ha logrado agenciárselas para obtener una foto del asesinado: Fernando Aguilar, mexicano, dos imposturas recién descubiertas que ahora intenta situar bajo su lupa. Algún día mi leño tendrá algo que decir sobre esto, sentencia, chota, lúgubre, paródico, con lo cual no ha pretendido burlarse de Log Lady sino de la pesadilla que tuve anoche en medio de la lluvia, justo después que mi amigo llamó

por teléfono para contarme que la policía no hallaba una buena pista incriminatoria contra Dedi. No es lo mismo lo bueno que el bien, Fedón. Pero de cualquier modo no le habrían servido las buenas pistas. Porque el muerto vivo se hizo invisible, con su cuchillo, apenas finalizada la performance. El velo de la rutinaria percepción será cambiado ante tus ojos, dicen que habría anunciado al comienzo del show. Bardo Thödol. O es lo que cuenta mi amigo que le contaron. También puntualizó que el vivo muerto de Asheville fue sepultado con estatus de total desconocido, puesto que sus documentos de identificación pertenecían a otro, muerto desde hace años. Muerto vivo desconocido deja un muerto por conocer. Que igual será conocido, según mi amigo. Demasiada presencia para no ser sino vacío, augura. Pero no acabo de atraparle la yema al asunto. ¿Se refiere al vivo muerto de Asheville o al muerto vivo del cuchillo invisible? Cabe la probabilidad de que estuviera elucubrando en torno al mal, que nunca brota de la nada. Tan simple como eso. Igual que los hongos. En fin, lo que consta hasta ahora es que el vivo muerto de Asheville no era quien decía ser. En buena ley no consiguieron identificarlo. Por lo que mi amigo se ha puesto a hilar sus conjeturas. Cuando sepamos quién era el vivo muerto, tal vez sabremos de paso hasta qué punto tuvo que ver, o no, su muerte con el muerto vivo. Por lo que de momento resolvió extender brevemente su estancia en North Carolina. La razón manda y controla, Platón. Y la oportunidad la pintan calva. Así que me he apresurado a sugerirle que aproveche la coyuntura para dejarse caer por Black Mountain College, quiero decir por sus ruinas. No más faltara, ya está en el plan, repuso mi amigo sin pensarlo. La memoria tam-

bién es un detonante. Y una transferencia de energías. Charles Olson tuvo que dejarlo definido, en Projective Verse, poética de la postmodernidad. Reflorecimiento pródigo. En Black Mountain College, aquella universidad pobre pero tan rica como ninguna anterior o posterior. Suerte de Arcadia griega en plena Norteamérica, aunando progreso tecnológico y humanismo, que no congenian, pero sí, ¿por qué no? La peor gestión es la que no se hace. Hay personas que experimentan la caída de la lluvia, otras simplemente se mojan, Bob Marley. El hecho concreto es que no escampa, desde hace dos noches con un día, y algo más. La lluvia. Todo cae en su sitio, Creeley. Pero bajo esos pétalos, en el vacío, se contempla la flor, Olson. Dos gravitaciones en órbita de lo imperecedero. Girando entre las ruinas de aquella Arcadia yanqui que hoy a duras apenas llega a ser pálida inmanencia al pie de unas montañas y frente a un lago negro. Por más que ya quedamos en que es negra la blancura. Ser. Que es y será. Tan pronto puso un pie en lo que resta de Black Mountain College, mi amigo envió fotos por WhatsApp. Mazazo en la melancolía. Y otro en la retentiva fue la foto de la performance que logró conseguir. Aparece Dedi, a distancia y entre el gentío, pero es él. Y al ver la foto, he recordado o creí recordar de dónde recuerdo su cara.

MARIPOSAS

Cada vez que amanece el número de tontos crece, aleccionaban los viejos, allá en mi tierra. Así que me tiré de la cama antes de que creciera, conmigo, a mi paso. El sol. Está saliendo al fin sin lluvia. Después que he salido yo a restablecer las caminatas mañaneras. Hoy por la 137 Southwest, en dirección a Homestead. Cambio de ruta, porque de pronto tuve un pálpito. Había estado leyendo a Carver, cuando aún era oscuro. Entonces me he vestido y vine a caminar, acogiéndome de buena gana a todo aquello que la naturaleza da. A quien madruga, Dios lo ayuda, también sentencian los viejos en mi tierra. Cuando la luz trepa entre sinuosas lejanías, todo parece nada bajo sus gravitaciones. No queda ni un resquicio para lo invisible. Entonces tuve aquel pálpito, o un temor más bien. ¿Quién me garantiza que si volviera a pasar por el sitio en que tropecé con el muerto vivo, junto a la línea del ferrocarril, en 152 Street, rumbo al zoológico, no estaría esperándome, otra vez muerto? Así que he optado por el cambio de recorrido. Por más que no baste para disipar el temor. Siempre

habrá invisibilidades que se agazapan. De modo que no sé si será en vano. Previsor en todo caso. Luego de haber determinado finalmente las circunstancias en que conocí al muerto vivo. Quiero decir cuando tuve noción de su existencia. Pero tal vez no. ¿Existe otro otoño tan largo como el de Florida? Cielos de insondable azul. Lo he visto alargarse hasta mediados de diciembre, sin mayores atajos que aquellos que a veces impone la lluvia, intempestiva, dada a soliviantar las estaciones. Larga también es esta tira de asfalto. La 137 Southwest. Se dilata al tiempo en que el ajetreo de la luz mueve el paisaje. Como si me corriera delante. Y no le alcanzo. Más cerca, más lejos. Pronto habrá de sobrarle animación. Nerviosismo, bulla, atolladero. Volveremos a vernos en la gran ciudad de aquel alemán, judío, hijo de un anticuario. Superficie de fugaces encuentros y rápidos desvanecimientos, lugar de simultaneidades e incesantes transformaciones. Pero será después. Ahora camino, solo. Uno de dos. Minutero y segundero se juntan. Seis y media. La brillantez del sol naciente me hace pensar en lo oscuro que me he vuelto. Wallace Stevens. Y justo en la oscuridad de un calabozo, allá en mi tierra, fue donde conocí la existencia del muerto vivo. Aunque no lo conocí a él, de cuerpo presente. Sólo su fotografía. O menos. Quizá no pasó de ser una descripción. Vívida. Y tanto que con el pasar de los años confundí el recuerdo de la descripción con el de los contornos de su cara atrapados en una foto. De cuerpo presente sólo pude conocer al hombre mediante cuya descripción tendría noticias sobre el muerto vivo. En un calabozo. Qué escalofriante el vaho de la madrugada. Y qué espeso el silencio. Cuentan que John Cage quiso saber a qué sonaba el silencio. A la palabra de

Dios, le responderían con el tiempo Simon y Garfunkel. Pero Cage era agnóstico. Y estaba apurado. Así que decidió encerrarse en una cámara hermética, cuyas paredes absorbieran el sonido, a la vez que impedían oír cualquier ruido del exterior. Fue así como John Cage, en medio del más abarcador silencio, pudo escuchar los agudos chisporroteos de su sistema nervioso y el tenue arrullo de su circulación sanguínea. Entonces supo lo que más tarde revelarían Simon y Garfunkel: el silencio es todo y suena a nada, o nada y suena a todo. En este amanecer, mientras camino por la 137 Southwest, suena, o se me ocurre pensar que suena a un cierto aleteo de mariposas. Son varias. Siete exactamente. Y no vuelan. Están posadas sobre las flores del romerillo. Batiendo alas. No sé si eso les facilita la tarea de libación. Nunca había reparado en el detalle. Reparo en algo más significativo, para mí por lo menos, desconcertante incluso. Son mariposas de mi tierra. Grandes alas negras, con los bordes inferiores de color amarillo, en forma de cadeneta, y tenue porción de naranja en la cola. Todas idénticas. La familia en pleno se puso de acuerdo para desayunar temprano. ¿Habrán venido expresamente a eso desde mi tierra? Es algo que está en auge. Cola de golondrina, así les llaman a estas mariposas. Aunque en la época de mi niñez las identificábamos con el nombre de Coronel. Supongo que por sus leves líneas amarillas, las que con algún esfuerzo pueden ser vistas como galones militares. En todo caso, los únicos coroneles cuya proximidad no me provocaba escalofríos, allá en mi tierra. Quizá por eso no se me despintan. Más o menos parecido a lo que me ocurre con la cara del muerto vivo. Aunque por diferentes motivos. Sin embargo, no acabo de precisar si lo conocí a

través de una foto o de una de las descripciones de aquel prisionero político con el que estuve compartiendo el calabozo allá en mi tierra. Le decíamos Rubio, aunque era negro. El prisionero. Cohabitante y contertulio en una cárcel de Matanzas. Rubio era su apellido. Lo recuerdo, sobre todo, porque, siendo negro, le decíamos Rubio. Había trabajado muchos años como investigador de crímenes en una de las numerosas instituciones policiales del gobierno. Poirot a lo isleño. Y le fue bien, o es lo que prefería comentar. Hasta que en una mala hora, lóbrega, como el calabozo, conoció a Dedi, que entonces no era Dedi, sino Belakís, según los partes oficiales, pero se trataba de la misma persona ¿o el mismo espectro?, sin duda. Muerto vivo, apareciendo y desapareciendo, Belakís, o Dedi, o El hombre con la sombra de Humo, que es como solía llamarle Rubio, arrastró su sombra sin sombra a lo largo de todo el país, con aquel Poirot siguiéndole a cada paso, pero sin que jamás pudiese atrapararlo. Se infiere que cuando un policía que investiga crímenes anda detrás de una pista, es porque va siguiendo a un criminal, o a un testigo cuando menos. Pero Rubio me dijo siempre que más que por cualquier otra causa, seguía al muerto vivo en busca de la verdad. Nabokov creyó vislumbrarla una vez, la verdad, en el ocelo de un ala de mariposa. Distinguido entomólogo, entre las otras menudencias, reconocía como sus principales placeres escribir y cazar mariposas. Hay gustos que merecen palos. Advierten los viejos allá en mi tierra. Cazar mariposas, truncar energías tan etéreas, sólo era común entre los niños de mi tierra. Y aun así inexcusable. Sin embargo, no debe ser el motivo por el que las mariposas Coronel han desaparecido de los jardines, con los jardines, en mi tierra.

Y ahora reaparecen, sobre las flores del romerillo, en una apartada zona de West Kendall. ¿Nueva catástrofe de signo migratorio? ¿Y por qué me hace recordar aquello de Chéjov? La oruga, repulsiva, se convierte en bella mariposa, pero, en los humanos, la mariposa tiende a convertirse en oruga. No es un misterio a estas alturas, añadiría yo. Aunque, total, ¿de qué vale? Si ya sabemos que la naturaleza de todas las cosas se enraíza en el misterio. Esa fue la respuesta del muerto vivo cuando mi cohabitante y contertulio en el calabozo intentaba despejar el enigma de sus apariciones y desapariciones. Nunca pudo. Como máximo, parece haber aprovechado escasamente la oportunidad para concluir que el muerto, vivo, sólo se proponía virar patas arriba cada sitio por donde pasara. Con Rubio detrás. Aunque sin dejar muertos. El muerto vivo sólo dejaba develaciones a su paso. Las del nimio dedo que intenta tapar el sol. También dejaba enojos. Que se volvían contra Rubio, al no poder neutralizarlo. Entretanto él mismo, Rubio, era neutralizado por los suyos. Así que se volvió contra ellos. Ahab navegando hacia el fondo de su obsesión. Lo que es decir contra sí mismo. Razón por la que terminaría él también patas arriba. En un manicomio, primero, y en el presidio político después. Intentando dejar constancia escrita de sus memorias, o alucinaciones. Pero, ¿por qué lo hizo? El muerto vivo. ¿Quién era? ¿Qué perseguía? Al no poder explicarlo, Rubio me respondió siempre con preguntas. Inexplicables. ¿Nosferatu? ¿Un zombi? ¿El diablo? ¿Dios? Por el ojo de Dios, como un buzo muerto, entra en el sueño la poesía. Tres. Y ahora que lo pienso bien, tal vez ninguno de los dos estábamos capacitados para marcar límites entre los sueños y lo real, ya que no hubo espacio

para la poesía dentro de aquellos calabozos. Buzos muertos. Nuestras propensiones a la ofuscación nos condujeron a trastocar realidades y sueños. No sé si yo era un hombre soñando que era una mariposa, o si soy una mariposa que sueña haber sido un hombre. Zhuan-gzi. Así como posiblemente nunca vi fotografiada esa cara que creía recordar por una foto, Rubio pudo haberse negado a ver lo que veía, mientras aceptaba haber visto lo que no vio. Sea como fuere, ahora no queda menos que asumir como un enigma, indescifrable, las nuevas apariciones y desapariciones del muerto vivo. Ver el infierno en un grano de arena y el paraíso en una flor silvestre. William Blake. Por cierto, el paraíso, o punto menos, convoca al descanso del caminante. La invitación me sale al paso hacia el final del recorrido por la 137 Southwest. Reyes Juice Fruits, reza una pancarta a la entrada del restaurant de los Reyes, guajiros de mi tierra. Otro desbarajuste migratorio. Como las mariposas Coronel, la familia Reyes quiso mejorar la calidad de sus libaciones. Voló. Y hoy son dueños de este restaurant, donde cada mañana desayuno un pedacito del cielo de mi tierra: pan con puerco asado y batido de mamey.

PRIMERA PARTE

DEDI Y EL CUCHILLO INVISIBLE	7
El muerto	11
Mi amigo de Flager	15
Blancura	18
Lluvia	22
Desapariciones	26
Mariposas	30
Casual	36
El mal	40
Magia	46
Jardineros	49
Oblicuos	55
Pesadilla	59
Abismo	64
Ocaso	69
Desvelado	77

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE CON LA SOMBRA DE HUMO	83
Belakís	87
Soy rubio	90
La señal	94

Los tres abrazos del vampiro	101
Leidy drácula	103
Un rastro de sangre	106
Una buena pista	109
Diplodoco con grados de coronel	112
La misteriosa extinción del diplodoco	116
La verdad según hitchcock	121
El primer chivato	127
Al habla con belakís	132
Tiempo de fuga	140
Entonces yo fui otro	144
Aviso fatal	148
Encerrado	151
El desbarre	153
ACTA DEL JURADO	159

